

SALUDO AL FINALIZAR MI MINISTERIO EN LA PARROQUIA DE JALA

Al comenzar la parte central de la celebración eucarística, que es “fuente y cumbre de la vida cristiana”, el sacerdote invita a ponerse en consonancia con la grandeza de la presencia y la acción divinas: “--¡Levantemos el corazón! Y la comunidad responde: “--¡Lo tenemos levantado ante el Señor”. Enseguida procede, después de otras dos exclamaciones, a recitar la acción de gracias por los dones recibidos.

Hoy he levantado el corazón y elevo una acción de gracias que tiene como origen la oportunidad que el “Señor de la mies” me dio de acompañar el camino de esta comunidad parroquial puesta bajo el patrocinio de la Virgen María en el misterio de su Asunción gloriosa a los cielos. María es estímulo claro para mantener la mirada a lo Alto, a nuestro destino definitivo, anticipado en el cuerpo de esta Mujer inmaculada que con su obediencia y libertad nos trajo al Redentor, a “quien vino a sanar los corazones afligidos, a dar la vista a los ciegos y la palabra a los mudos y a anunciar un año de gracia de parte del Señor.”

Esas líneas, que dibujan el ministerio público de Nuestro Señor Jesucristo son las líneas del ministerio confiado por él a los obispos y sacerdotes. Y para eso existen las comunidades parroquiales. Es en ellas donde se vive la silenciosa pero real acción del Espíritu Santo. Es en ellas donde se vive la aflicción cotidiana por la acción del mal, las dificultades para llevar una vida digna, el flagelo de las enfermedades y las carencias. Es en ellas donde se aclara la vista para mirar más allá de la satisfacción diaria, para tener anhelos que no sean ilusiones vanas, para iluminar la mirada con el acercamiento a la palabra de Dios que es enseñanza fiel y sincera, “lámpara para mis pasos y luz en mis senderos”, para descubrir las asechanzas de los “lobos con piel de oveja” y las estructuras esclavizantes que no permiten ser libres y responsables. Es en ellas donde se aprende a hablar con palabras de amor y agradecimiento, a recitar la oración de las oraciones, el “Padre Nuestro”, a tener presente el saludo del ángel Gabriel y la ternura materna en el “Ave María”, a orientar y fortalecer el sentimiento religioso con la profesión de la fe adulta, hecha por generaciones de santos y también de pecadores expresada en el “Credo”. Es en ellas donde la palabra se hace anuncio de buenas nuevas, catequesis que acompaña y ensancha horizontes y también denuncia y profecía de abusos, contradicciones e incongruencias de propios y extraños. El “año de gracia del Señor” es permanente, con la efusión de la bondad divina en los sacramentos,

verdaderas acciones de Cristo a favor del crecimiento humano y no “ceremonias” más o menos bien realizadas.

Eso es lo que encontré aquí y en lo que traté de involucrarme a lo largo de poco más de tres años. Comprendí desde el primer momento que la parroquia no era el templo sino la comunidad de cristianos congregados en este lugar y arraigados en la memoria y en la lucha diaria. Comprendí que me correspondía no sólo tratar de “atender” sus deseos y necesidades espirituales sino conocer la huella del paso del tiempo y de los contrastes con el Evangelio. Comprendí que era fundamental convertirme en conciencia moral de la marcha de la vida, defensa de los débiles, voz de los que no tienen voz y de los que tienen miedo. Así comprendí que había de tratar de ser—sin llegar a cumplir con el ideal--“el buen pastor que da la vida por sus ovejas” y no “el asalariado que ve venir al lobo y huye.

A pesar del tiempo que tenía ya como sacerdote, no pocas realidades me resultaron novedosas, pues había servido a la Iglesia principalmente en la enseñanza, la investigación y el acompañamiento de algunas causas nacionales de importancia para la vida de los católicos en el campo jurídico y cultural. Fue ésta la primera ocasión en que recibí la encomienda de una comunidad parroquial.

Pude apreciar aquí la fe en su dimensión concreta y los retos que enfrenta para hacerse vida: los impactos tantas veces desorientadores de los medios de comunicación, las pocas oportunidades de trabajo digno y crecimiento educativo, el clientelismo político de partidos y autoridades sobre todo entre los grupos vulnerables, la acción corruptora del alcohol, la cerveza y la amenaza de las drogas con los daños terribles que a nadie se le ocultan y que son clara señal de muerte, la fascinación entre los jóvenes de la narcocultura y la carcoma de los valores y de la autoridad que propicia. Me di cuenta de cómo ciertos rasgos en la configuración de la familia y la sociedad frenan la mayoría de edad y la recta libertad de muchos a través del machismo y la prevalencia sutil pero muy real del matriarcado. De cómo la relación dentro de la familia y otros espacios de convivencia favorece los sentimientos de culpa y de cierta tendencia, a pesar de la modernidad presente, a las supersticiones, a la vana observancia y la tentación de acudir a charlatanes seudocuranderos y a “retiros” de supuesta sanación. Me di cuenta del deterioro de la felicidad que causan el “chisme”, los juicios superficiales y aun la calumnia. Me di cuenta también cómo algunas tradiciones y costumbres han deteriorado su línea original de ayuda a la fe y su pertenencia a una cultura popular luminosa y

deben ser revisadas con respeto y sana crítica. La contaminación de la piedad popular con profanidades no alienta un mejor futuro.

Por esas rutas transita esta comunidad católica. Es inmensa y emocionante y tiene que continuar, pues la voluntad de Dios es que la fe, la esperanza y la caridad se encarnen en lo que a diario vive el pueblo. Confío en que los lineamientos del “Plan diocesano de pastoral” que están trazados para todos puedan ser realidad: “Una Iglesia jovial, humana, viva, nueva, esperanzadora. Una Iglesia fiel a Jesús. Una Iglesia instruida, servidora y trasformadora del Reino. Una Iglesia promotora, fraterna. Una Iglesia que incide en la vida social, en la vida pública, que trasforma, que se compromete. Una Iglesia que provoca el verdadero encuentro con Dios...”¹

He cumplido hoy, pues, con agradecimiento, mi última jornada como párroco de este pueblo que camina. Agradezco especialmente la compañía de muchos el día de mi toma de posesión de la rectoría del Sagrado Corazón en Tepic. Fue un signo de cariño verdadero que valoro. Ahí tendrán su casa.

Sé que ningún sacerdote es dueño del pueblo, pues éste ha sido consagrado por el propio Jesucristo en la unción bautismal y sólo Él es su Señor. El responsable ahora del camino, en comunión con el Señor obispo y el presbiterio será el Señor Cura Cornelio Valdés Borrayo y lo acompañará de cerca Cristian Conchas, quien tiene el ministerio de acólito, es decir, de custodio de la Eucaristía y su entorno. A este último agradezco de modo especial la organización de esta celebración de buena acogida al Señor obispo y al párroco que inició hoy su ministerio.

Consciente de la responsabilidad que he ejercido, de sus aciertos y fallas, traigo a la mente una jaculatoria que en el Seminario Menor de Tepic decíamos al término de la oración de la noche: “Domine, si bene fecimus, laus tibi sit.

Si autem male, miserere nobis.”

“Señor, si hemos hecho bien, sea para tu gloria.

Si, por el contrario, mal, ten misericordia de nosotros.”

Jala, Nayarit, 10 de octubre de 2013.

¹ Cuaderno II. Modelo de situación, II (2010), p. 44.